

## EN TORNO A LA IDEA DE EUROPA EN LUIS VIVES

Arsenio Ginzo Fernández  
Universidad de Alcalá

*Resumen: La vida de Vives coincide con un momento trascendental de la historia de Europa, con nuevas promesas y horizontes, pero también con la eclosión de una serie de graves conflictos políticos y religiosos. Vives se nos presenta como una especie de conciencia crítica de esa Europa, apareciendo su obra como una de las grandes meditaciones sobre Europa que jalonan la historia del pensamiento moderno. El artículo trata de analizar las grandes líneas de esa meditación en la que se abordan los fundamentos de la identidad europea y se trata de postular una Europa alternativa frente a los conflictos que la desgarran.*

### INTRODUCCIÓN

Trayendo a colación el título de un ensayo orteguiano *De Europa meditatio quaedam*<sup>1</sup> cabría afirmar que a lo largo del pensamiento moderno asistimos a toda una serie de pronunciamientos, de “meditaciones” acerca de la identidad, sentido y alcance de la cultura europea, sin perder de vista en esa reflexión las tensiones, conflictos y aberraciones que hayan podido lastrar el devenir de Europa.

Luis Vives ocupa un lugar importante en esta serie de meditaciones sobre Europa. El Renacimiento constituye indudablemente un capítulo de especial relevancia en la afirmación de Europa, en todos los frentes, con sus luces y sombras. Es bien comprensible que los representantes del pensamiento renacentista se pronunciaran sobre lo que estaba ocurriendo en esta fase del devenir de Europa, tal como es el caso de Erasmo, que ha podido ser calificado

<sup>1</sup> José ORTEGA Y GASSET, *Obras completas IX*, Madrid, Alianza, 1983, pp. 247-313.

como una especie de “peregrino” de Europa<sup>2</sup> o bien de Andrés Laguna, que tan patéticamente se ha referido a los males que atormentaban a Europa en aquel momento<sup>3</sup>. Vives ocupa un lugar destacado en estos pronunciamientos, hasta el punto de que algunos autores no dudan en considerarle como el principal pensador europeísta de la época<sup>4</sup>. Vives se nos presenta, en efecto, con una peculiar intensidad y claridad, como la conciencia crítica de la Europa de su tiempo, bien consciente de sus peculiares posibilidades históricas pero a la vez no puede menos de sentirse abrumado por toda la serie de graves conflictos que la desgarraban.

Quizá cabría comenzar esta aproximación a la idea de Europa en el pensamiento de Luis Vives evocando algunos de los rasgos de la Europa renacentista sobre los que va a incidir, de una u otra forma, la reflexión vivista:

- 1) Se podría señalar en primer lugar que la Europa renacentista se caracteriza por volver sobre sus raíces, a la vez que mira al futuro. En efecto, la Europa del Renacimiento vuelve tanto sobre el legado grecorromano como sobre el judeocristiano, en cuanto los dos pilares sobre los que se asienta la cultura europea. Se ha podido hablar a este respecto del “retorno” de los filósofos antiguos en el Renacimiento<sup>5</sup>, dentro de un proceso más amplio de redescubrimiento del legado de la Antigüedad clásica que abarca la literatura, la historia, la ciencia y el arte. Esta vuelta a las fuentes afecta asimismo al legado judeocristiano por lo que se refiere al renovado estudio de la Biblia y de los Padres de la Iglesia. En ambos casos se trata de algo más que de satisfacer la curiosidad erudita. Se intenta buscar inspiración para orientar el rumbo de la Europa moderna.
- 2) Esta Europa que vuelve sobre sus raíces e intenta asimilar su contenido, va a protagonizar una trascendental apertura de horizontes y una peculiar eclosión cultural que cabe denominar la “revolución cultural” del Renacimiento<sup>6</sup>. El plano geográfico y el astronómico muestran de una forma paradigmática la mencionada apertura de horizontes. A la vez que esto ocurría se produce una eclosión que abarca todos los aspectos de la cultura humana, de forma que en el Renacimiento asistimos, tal como acertadamente se ha señalado, tanto a una extraordinaria exploración del espacio como del espíritu<sup>7</sup>. El humanismo, el

---

<sup>2</sup> Cfr. M.-M. PAYEN DE LA GANDERIE, *Erasmus: quelle conscience européenne?*, en AAVV., *La conscience européenne au XV et au XVI siècle*, París, L'École Normal Supérieure de Jeunes Filles, 1982, p. 296.

<sup>3</sup> Andrés LAGUNA, *Europa heautimorumené, es decir, que míseramente se atormenta y lamenta su propia desgracia*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2001.

<sup>4</sup> Así Francisco Calero no duda en afirmar que “de entre todos los humanistas fue Vives el que tuvo una conciencia más clara de Europa” (*Europa en el pensamiento de Luis Vives*, Valencia, Ajuntament de València, 1997, p. 12).

<sup>5</sup> Cfr. Eugenio GARIN, *Il ritorno dei filosofi antichi*, Napoli, Bibliopolis, 1994.

<sup>6</sup> Cfr. Eugenio GARIN, *La revolución cultural del Renacimiento*, Barcelona, Crítica, 1981.

<sup>7</sup> Jean-Claude MARGOLIN (ed.), *Los inicios de la Edad Moderna*, Madrid, Akal, 1992, p. 13.

arte, la literatura vernácula, el pensamiento filosófico y político, la preparación de la revolución científica etc. dan fe de esta efervescencia peculiar que caracteriza a la Europa renacentista.

- 3) Esta Europa, que explora el mundo, extiende también sobre él su dominio y difunde su cultura por los nuevos territorios descubiertos: sus lenguas, su religión, sus estilos artísticos, su saber científico y técnico, sus concepciones educativas. De una forma especial sobre América, el Nuevo Mundo que en definitiva viene a constituir una especie de Nueva Europa. A la vez los conquistadores van a difundir las lacras y los vicios de la Vieja Europa por ese mundo recién descubierto. En todo caso, en el periodo renacentista se ponen los fundamentos de una centralidad europea que va a durar siglos.
- 4) Sin embargo, esta Europa, protagonista de los Descubrimientos, de una enorme eclosión cultural, de una poderosa proyección de su dominio sobre el mundo, es a la vez un Continente desgarrado. La emergencia de los Estados modernos, especialmente en Francia y España, condujo a una serie continua de guerras debido sobre todo a sus ambiciones territoriales. De esta forma, la Europa floreciente que asiste al renacimiento de la cultura clásica y también a una nueva confrontación con el legado judeocristiano, la Europa que protagoniza una nueva andadura en todos los ámbitos de la cultura humana, es a la vez una Europa que se "atormenta" a sí misma, tal como llegará a escribir gráficamente Andrés Laguna.
- 5) Además, esta Europa, espiritualmente compleja y polivalente, va a experimentar otro desgarramiento, probablemente más profundo y doloroso, mediante la Reforma protestante que quiebra aquella unidad espiritual de que había disfrutado la Europa medieval. La separación entre católicos y ortodoxos ya había condicionado la historia de Europa, concibiéndose ésta como la Cristiandad latina de Occidente, pero ahora la escisión religiosa va a surgir en pleno corazón de Europa. Este drama venía a suponer, tal como señala J. Lortz, un cambio violento que iba a afectar a "la totalidad de la conciencia europea"<sup>8</sup>. Las distintas manifestaciones de la cultura europea iban a quedar condicionadas por este hecho, a saber, las concepciones religiosas, la praxis y el pensamiento políticos, la historia del arte, el pensamiento filosófico, el desarrollo de la actividad económica etc.
- 6) Por otra parte, esta Europa, internamente desgarrada, tiene que hacer frente a un enemigo externo que amenaza su identidad espiritual: se trata de los turcos que se apoderan de la parte oriental de Europa y avanzan hacia el centro. La toma de Constantinopla tuvo sin duda un significado paradigmático. Todo el movimiento humanista muestra su

<sup>8</sup> Joseph LORTZ, *Historia de la Reforma I*, Madrid, Taurus, 1963, p. 19.

inquietud acerca de esta cuestión, pues para ellos los turcos venían a suponer una especie de anti-Europa.

- 7) Finalmente cabría hacer alusión a otro rasgo del pensamiento europeo: su capacidad de autocrítica. Si esta característica recorre toda la historia del pensamiento europeo, está ya presente en el periodo renacentista. Así vemos, por ejemplo, cómo nace el tópico del buen salvaje como contrapunto de la corrupción de Europa. Por otra parte, todo el pensamiento del humanismo renacentista está dominado por el anhelo de una Europa alternativa a la realmente existente. Vives, junto con Erasmo, expresa de una forma paradigmática la conciencia crítica de la Europa de su tiempo.

He aquí algunos rasgos de la Europa renacentista que constituyen el horizonte en que se va a situar la reflexión de Vives sobre esta cuestión. En lo que sigue trataremos de ir viendo los planteamientos de Vives acerca de los aspectos que hemos ido resaltando, aunque no sigamos siempre un orden estricto. En todo caso la referencia a Europa está presente por doquier en la obra vivista, figurando incluso en el título de algunas de sus obras. El pensamiento vivista es, sin duda, un pensamiento claramente eurocéntrico. Por un lado Vives fue bien consciente del momento especial que la Europa renacentista representa en la historia de la cultura y también lo fue de los rasgos que debieran distinguir a una Europa que estuviera a la altura de su misión histórica. Pero a la vez Vives es un espíritu atormentado por los distintos conflictos y desgarramientos que afectaban a la Europa de su tiempo. He aquí sin duda uno de los motivos que le empujaban a una visión pesimista del mundo y que le incitaban a pensar en una Europa alternativa.

#### VIVES Y LAS RAÍCES CULTURALES DE EUROPA

Si la naciente Europa moderna tiene entre sus características una vuelta, una nueva confrontación con sus raíces, la obra de Vives va a constituir sin duda una de las mejores concreciones de esta confrontación. En primer lugar, por lo que se refiere a la relevancia de las raíces clásicas, grecorromanas, de la cultura europea, Vives se va a caracterizar no sólo por un profundo conocimiento de ese legado sino a la vez por un intento de apropiación crítica desde el nuevo horizonte histórico.

Como hombre de su tiempo, Vives fue iniciado tempranamente en el cultivo del latín, pero también del griego, de forma que cabe hablar en él de una "impregnación de la cultura antigua"<sup>9</sup>. De los progresos realizados por Vives en sus años juveniles da fe el propio Erasmo cuando en 1519 le escribe a Juan de la Parra: "está con nosotros Luis Vives, el valenciano, que no pasa de vein-

---

<sup>9</sup> Cfr. Antonio FONTÁN, *Vives: la Antigüedad como sabiduría*, en A. FONTÁN y otros, *Tres humanistas españoles*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1975, p. 7.

tiséis años, pero muy versado ya en todas las ramas de la filosofía, y que ha progresado tanto en las bellas letras, en la elocuencia, en la facilidad de hablar y de escribir, que apenas encuentro a nadie con quien poder compararlo”<sup>10</sup>. Obviamente, tal elogio se refería, de un modo especial, a la formación clásica de Vives. Esta confrontación va para Vives más allá de la erudición, pues los clásicos son para él fuente perenne de sabiduría. Por ello, toda la obra de Vives constituye un diálogo constante con los grandes autores clásicos, especialmente con Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón y Séneca.

Toda la obra de Vives, según era habitual en la corriente humanista, está escrita en latín, lengua que valoraba altamente como vehículo para hablar y pensar. Así en la carta dedicatoria a Felipe II del *Estudio de la lengua latina* no duda en presentar a esa lengua “como una mina de erudición, ya que los mayores y más aventajados ingenios escribieron en latín toda clase de disciplinas, y por eso, nadie puede acercarse a ellas, sino mediante el conocimiento de esta lengua”<sup>11</sup>.

Sin duda, también Vives llegó a sobrevalorar la importancia del latín como vehículo de cultura, cuando ya se había iniciado la Edad Moderna<sup>12</sup>, con su recurso cada vez más frecuente a las lenguas vernáculas. Era un tributo casi inevitable en la tradición humanista. Sin embargo, no cabe olvidar la independencia intelectual que mostró Vives en el seno de la República de las letras humanista. Los grandes autores de la Antigüedad constituían para él un referente imprescindible para la cultura europea, pero esto no quiere decir que su autoridad se sustrajera a todo cuestionamiento<sup>13</sup>.

Por grande que sea su veneración de la sabiduría clásica, Vives no duda de que la conquista de la verdad sea el resultado de un proceso histórico, de que la verdad sea *filia temporis*. Con especial nitidez se manifiesta a este respecto en el Prefacio a su tratado *Sobre las disciplinas*. La naturaleza humana, que es siempre la misma, no se encuentra, subraya Vives, tan agotada y exhausta que no pueda seguir creando algo semejante a lo llevado a cabo en el periodo clásico. Vives no duda que si nos aplicáramos con rigor a la investigación de la verdad, “podríamos hablar en general de las cosas de la vida y de la naturaleza mejor que Aristóteles, Platón o cualquiera de los antiguos”<sup>14</sup>.

<sup>10</sup> Juan Luis VIVES, *Epistolario*, edición de José Jiménez Delgado, Madrid, Editora Nacional, 1978, pp. 145-46. (En adelante: *Epistolario*).

<sup>11</sup> *Epistolario*, p. 612.

<sup>12</sup> Cfr. Carlos G. NOREÑA, *Juan Luis Vives y las emociones*, Valencia, Ajuntament de València, 1992, pp. 105-106.

<sup>13</sup> August BUCK (ed.), *Juan Luis Vives*, Hamburg, Dr. Ernst Hauswedell & Co., 1981, p. 9.

<sup>14</sup> Juan Luis VIVES, *Las disciplinas I*, traducción y notas de M. A. Coronel, L. Poner, J. Casorrán e I. Roca, Valencia, Ajuntament de València, 2001, p. 11; Joannis Ludovici VIVIS VALENTINI, *Opera Omnia*, distributa et ordinata in argumentorum classes praecipuas a Gregorio Majansio, Valencia 1782-1790, VI, p. 7. (En adelante, nos referiremos a esta edición mediante la sigla: Ma.).

No cabría entonces absolutizar el pensamiento de ningún autor, sino que se ha de seguir con independencia de juicio la búsqueda de la verdad, aun cuando ello conduzca a discrepar de los autores antiguos. Sin duda, tampoco Vives está libre de haber pagado su tributo a la visión idealizada de los clásicos y a determinados principios y convenciones compartidos por la corriente humanista, pero a pesar de todo resulta innegable que el humanista valenciano destaca entre los humanistas por su independencia de juicio, tanto a la hora de confrontarse con los clásicos como a la de abordar el problema de la verdad en general que, lejos de haber sido hallada plenamente, constituye una tarea abierta a los esfuerzos progresivos de la humanidad. A este respecto, Vives no duda en apelar al criterio indicado por algunos admirados próceres de la Antigüedad. Así, Séneca, en la carta 33, señala que los que antes que nosotros se han ocupado de la búsqueda de la verdad no han de ser considerados como nuestros “dueños” sino más bien como nuestros “guías”. Un enfoque que coincide con el de Vives. También Aristóteles constituye un buen referente en este punto. Sin duda, el Estagirita viene a ser para Vives una especie de “maestro de los que saben”, tal como afirmara Dante. Ahora bien, Aristóteles no dudó en elaborar su filosofía confrontándose críticamente con los filósofos que le habían precedido. Tal libertad aristotélica es reivindicada por Vives como talante peculiar de los que buscan la verdad a través del tiempo.

Pero si la recepción crítica de la sabiduría clásica, insita en el legado grecorromano, ha de formar parte de las señas de identidad de la Europa que inicia su andadura moderna, Vives no se va a enfrentar únicamente a ese legado, sino que se va a esforzar por mostrar la convergencia con el otro legado, el judeocristiano, que constituye el otro referente que está en las raíces de la identidad europea. Sólo aquí encontraría su plenitud y su satisfacción la búsqueda incansable de la sabiduría. Vives es junto con Erasmo, Moro y Budé, un representante destacado de la llamada *litterata devotio*, de la *docta pietas* que desde Petrarca se ha caracterizado por buscar la convergencia entre la sabiduría clásica y la tradición cristiana. Dentro de este humanismo cristiano, Vives va a ser, junto con Erasmo, aquel pensador que más se va a señalar por meditar sobre la identidad europea. Fueron esos representantes del humanismo cristiano quienes, en el Renacimiento, llevaron más lejos la meditación sobre Europa.

A la cita y recepción de los clásicos grecorromanos corresponde ahora la referencia constante a los textos bíblicos –especialmente a los Evangelios y a las Cartas paulinas– y a los Padres de la Iglesia. Por lo que se refiere a estos últimos destaca el alto aprecio y admiración que le merece la figura de San Agustín, un autor hacia el que siente una profunda admiración y afinidad. El reconocido maestro de la Europa medieval se le presenta a Vives como un estudioso fecundísimo, con “un conocimiento muy exacto de las Sagradas Escrituras, un juicio agudo y terso, un ingenio penetrante que llena de admiración”<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> *Epistolario*, p. 256.

Vives, por un lado, resalta la fecundidad de la relación entre los dos legados, entre la razón y la fe. Así, por ejemplo, en su escrito *De la condición de vida de los cristianos bajo los turcos* no duda en afirmar que la religión florece magníficamente mediante la ayuda del estudio de la ciencia y de las buenas letras<sup>16</sup>, que preparan la apertura del espíritu para la contemplación de los misterios recónditos de la sabiduría divina. Con alguna frecuencia, Vives descubre en la lectura de los clásicos planteamientos próximos a la visión cristiana del mundo. Tal es lo que le ocurre en concreto con la lectura los tratados ciceronianos *De las leyes* o *De los deberes* en los que Vives advierte una cercanía especial a la visión cristiana del mundo<sup>17</sup>. Pero, al mismo tiempo, Vives se esfuerza por depurar la sabiduría pagana y por iluminarla a la luz de la fe: "he intentado también expurgar las artes de escrúpulos impíos y traerlas de las tinieblas hasta la luz de nuestra religión"<sup>18</sup>.

Para un humanista cristiano como Vives, Cristo viene a ser el Divino maestro que ilumina el verdadero sentido de las cosas. Sólo a una distancia muy grande se situarían aquellos que siguen sus huellas. De ahí que, si bien Vives busca la convergencia entre ambos legados, su visión cristiana del mundo sería aquella que concede un sentido último a la realidad: "todo cuanto de serio, prudente, juicioso, puro, santo y religioso; todo cuanto con admiración, exclamación y aplauso leemos en los sabios paganos; todo cuanto de sus obras se recomienda, se aprende y se eleva hasta el cielo, todo esto más puro, más recto, más accesible y más fácil se halla en nuestra santa religión"<sup>19</sup>. En definitiva, para un humanista cristiano como Vives la recepción crítica de la sabiduría antigua, formulada por los grandes autores clásicos, aunada con una tradición cristiana, debidamente depurada en contacto con las fuentes, ha de seguir constituyendo referencias básicas para una Europa que inicia una nueva andadura histórica.

#### VIVES Y LOS TIEMPOS MODERNOS

No cabe exigir que Vives fuera plenamente consciente de la envergadura innovadora de la época que le correspondió vivir, pues ello resultaría seguramente demasiado prematuro. Parece ser Bacon, bastantes años más tarde, el primer pensador que tomó debidamente conciencia de ello. Sin embargo, no se puede afirmar que Vives ignorara que Europa estaba entrando en una nueva fase de su historia. A pesar de las limitaciones de que pueda adolecer su conciencia histórica, la figura de Vives se presenta inserta, de una forma expresa o tácita, en el horizonte de la naciente Modernidad.

<sup>16</sup> Ma. V, p. 458.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 502.

<sup>18</sup> *Las disciplinas* I, p. 10; Ma. VI, p. 5.

<sup>19</sup> Juan Luis VIVES, *Introductio ad sapientiam. Introducción a la sabiduría*, ed. de I. Roca Melià y A. Gómez-Hortiguera, Valencia, Ajuntament de València, 2001, p. 51; Ma.I, p. 23.

Cabría comenzar haciendo referencia a la conciencia que tiene Vives de vivir inmerso en la Europa de los Descubrimientos. De una forma particularmente clara se manifiesta a este respecto en la carta a Juan III de Portugal en la que le dedica su tratado *Sobre las disciplinas*. Ello le brinda al humanista la oportunidad de glosar las aportaciones de los portugueses a los descubrimientos que caracterizan a la nueva época. Dirigiéndose a Juan III, señala Vives: "tus progenitores tuvieron la gallardía de ir más allá de Portugal y de explorar nuevos mares, nuevas tierras, nuevas y desconocidas estrellas"<sup>20</sup>. En su exploración de África y de Asia, mostraron caminos y pueblos de los que los europeos no habían oído hablar, de forma que los relatos de los viajes llevados a cabo por los antiguos, por idealizados que estuvieran, no pueden resistir la prueba de la comparación con los nuevos descubrimientos ahora realizados. En esta radical apertura de horizontes ahora llevada a cabo, el humanista cristiano que es Vives no omite referirse también al hecho de que mediante esta proyección de Portugal en el mundo se fomentara la difusión del Cristianismo en los nuevos pueblos descubiertos.

Sorprenden, por el contrario, las escasas referencias a América que encontramos en la obra de Vives, a aquel descubrimiento epocal que tan decisivo se iba a mostrar para el destino de Europa y que había sido protagonizado de una forma especial por España. Se da el caso, además, de que ese descubrimiento tuvo lugar el mismo año en que nació el gran humanista. Volveremos más adelante sobre ello. Quizá el hecho de vivir fuera de España explique en parte esta escasez de referencias.

En segundo lugar cabría evocar la conciencia de Vives acerca del hecho de que la Europa renacentista estaba protagonizando un momento de especial brillantez en todos los ámbitos de la cultura, que inducía a los autores de la época a soñar con el advenimiento de una nueva Edad de Oro. Sin duda, el joven Vives compartiría de alguna manera lo que en 1517 Erasmo le escribía a Thomas Wolsey, Canciller de Enrique VIII, a saber, que ve cómo está emergiendo una nueva Edad de Oro<sup>21</sup>. En efecto, en la correspondencia del joven Vives se encuentran expresiones que hacen referencia a la emergencia de una época de esplendor en la Europa moderna. Así el 13.02.1519 le escribe a Juan Fort que cuando él y sus amigos abordaban el tema del Renacimiento literario "nos alegramos de nuestro siglo"<sup>22</sup>. O bien cuando el 28.03.1520, dirigiéndose a Erardo de la Marca, arzobispo electo de Valencia, señala que éste contribuirá al advenimiento de "esa edad de oro, tiempos de felicidad, que yo, aunque soñando, presagio al mundo"<sup>23</sup>. Lo que ocurre es que los conflictos y tensiones que van a desgarrar a Europa van a neutralizar en buena medida, a

---

<sup>20</sup> *Las disciplinas* I, p. 5; Ma. VI, p. 2.

<sup>21</sup> "Video prorsus saeculum quoddam aureum exoriri", en ERASMUS, *Opus Epistolarum*, ed. P.S. et H.M. Allen, Oxonii 1906-1958, III, p. 588.

<sup>22</sup> *Epistolario*, p. 143.

<sup>23</sup> *Id.*, p. 168.

los ojos de Vives, las grandes promesas que en tantos órdenes abrigaba en su seno esa Europa coetánea.

Finalmente, cabría evocar el reflejo en Vives de la nueva concepción del hombre que se fue forjando a lo largo de la Europa renacentista, y que está en la base de la moderna historia europea. Se trata de una nueva indagación sobre la condición humana que trata de poner de relieve su carácter creador e innovador, de su pasión por conocer y dominar el mundo, de donde se derivaría el conocido carácter antropocéntrico de la cultura moderna. No sorprende por ello que en el Renacimiento asistamos a una recreación del mito de Prometeo, o bien que asistamos ahora a la emergencia de la figura de Fausto sobre la que se va a ocupar Goethe más tarde, dando lugar a algo así como una especie de *Ilíada* del hombre moderno, que daría expresión a su carácter proteico.

Cabría por ello suscribir las palabras de E. Garin cuando señala: "el despertar cultural que caracteriza desde sus orígenes al Renacimiento es, por encima de todo, una renovada afirmación del hombre"<sup>24</sup>. Se trata de una forma especial de la exaltación de la dignidad humana, tan peculiar de la tradición humanista, que desde el tratado de Bartolomeo Fazio *De excellentia et praestantia hominis* de mediados del siglo XV se va a extender hasta el final del Renacimiento. La *Oratio de hominis dignitate* de Pico della Mirandola constituye sin duda su expresión paradigmática, en la que se nos presenta al hombre, en su naturaleza indefinida, como "árbitro y soberano artífice" de sí mismo<sup>25</sup>.

Vives va a hacer suya, en parte al menos, la nueva concepción del hombre. Ya en su propia existencia se va a mostrar como un representante destacado de la nueva curiosidad universal, de su ansia ilimitada de saber. Causa admiración, en efecto, cómo en su corta y difícil existencia fue capaz de llevar a cabo su amplia obra en la que se aúnan su gran erudición y su capacidad de reflexión e interpretación. De una forma general, cabría afirmar que Vives, en sintonía con la tradición humanista, comparte la idea de la condición excepcional del hombre, tal como cabe apreciar de una forma especial en su escrito *Fábula sobre el hombre*, en la que aparecen los dioses, presididos por Júpiter, contemplando unas representaciones teatrales protagonizadas por las distintas especies de animales, y también por el hombre<sup>26</sup>. Es en este marco cuando se ve a este último mostrar su grandeza, su versatilidad y su carácter proteico, de forma que provoca la admiración de los dioses. Los "más sabios" de los dioses no dudaban en señalar que no habían visto nada más admirable que el hombre y el propio Júpiter asentía a su parecer con una inclinación de su cabeza<sup>27</sup>.

<sup>24</sup> Eugenio GARIN y otros, *El hombre del Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1990, p. 12.

<sup>25</sup> Pico della MIRANDOLA, *Discurso sobre la dignidad del hombre*, Buenos Aires, Goncourt, 1978, pp. 48-49.

<sup>26</sup> Ma., IV, pp. 3 ss.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 4.

En efecto, debido a su filiación divina, el hombre se muestra partícipe de la inmortalidad, la sabiduría, la prudencia, la memoria del padre de los dioses. Aquí radica el carácter proteico del ser humano y de su capacidad inventiva y creativa. Sin embargo, Vives se cuida de subrayar que el hombre no es un ser absoluto sino más bien un "imitador" del padre de los dioses<sup>28</sup>. Su humanismo cristiano le impide sobrepasar determinados límites, divinizando al hombre. Por ello, si Vives no duda en encomiar y ensalzar al hombre, por otro lado va a insistir a la vez reiteradamente en su carácter efímero, en cuanto *homo viator*, peregrino por este mundo, y por ello no puede menos de considerar desgraciado al que "edifica sobre la inestabilidad de las cosas mundanas y pone su confianza en el hombre mortal, débil, tornadizo"<sup>29</sup>. He aquí el matizado ideal antropológico que Vives sugiere a la naciente cultura moderna, a la emergente Europa moderna.

#### VIVES Y LA EDUCACIÓN DEL HOMBRE EUROPEO

La renovada afirmación del hombre con que nace la Edad Moderna iba a exigir a la vez una correlativa meditación sobre la reforma de la educación, que prepara el advenimiento de un nuevo periodo histórico<sup>30</sup>. Si todos los humanistas hicieron suya esta exigencia, parece que ninguno de ellos lo hizo con la intensidad y el rigor con que lo hizo Vives. La Europa soñada por Vives es una Europa en la que la educación ha de desempeñar un papel central. Ya desde el punto de vista cuantitativo destaca la intensa dedicación de Vives a este tema. Mientras otros autores se contentaron con abordar el análisis del problema educativo en algún opúsculo, Vives, por el contrario, va a dedicar en torno a la tercera parte de su obra a esta problemática<sup>31</sup>. Por otra parte se ha podido afirmar con razón que en el pensamiento educativo de Vives vienen a confluír las aportaciones más válidas de la educación humanística, a la que imprime, sin embargo, su impronta personal: "Vives recogerá de forma ecléctica lo mejor de cada autor, pero forjando su propia visión del conjunto del problema educativo y su importancia para el nacimiento de una civilización nueva y la evolución de la humanidad"<sup>32</sup>.

Vives aborda el problema de la educación tanto teniendo en cuenta la situación histórica que incidía sobre ella como su radicalidad antropológica en cuanto constitutiva del ser humano como especie peculiar. En efecto, el

---

<sup>28</sup> August BUCK, Vives 'Fabula de homine' im Kontext der 'dignitas hominis'-Literatur der Renaissance, en Ch. STROSETZKI (ed.), *Juan Luis Vives. Sein Werk und seine Bedeutung für Spanien und Deutschland*, Frankfurt a. Main, Verwuert, 1995, p. 8.

<sup>29</sup> *Epistolario*, p. 542.

<sup>30</sup> Cfr. Eugenio GARIN, *La educación en Europa 1400-1600*, Barcelona, Crítica, 1987.

<sup>31</sup> August BUCK (ed.), *Juan Luis Vives*, p. 9.

<sup>32</sup> Frances X. BLAY, *Joan Lluís Vives y la Pedagogía del Humanismo*, en Antonio MESTRE (coord.), *Luis Vives. Reflejo de la Europa de su tiempo (1492-1540)*, Valencia, Cámara oficial de Comercio, Industria y Navegación de Valencia, 1991, p. 113.

hombre es aquella especie que necesita un doble nacimiento, el corporal y el espiritual. Por el primero nos constituiríamos como animales, por el segundo, como hombres. Privado de la educación, el hombre se le presenta a Vives peor incluso que el animal: "¿qué habría más salvaje que el hombre, si se le quita la educación, las amonestaciones, los consejos, los conocimientos?"<sup>33</sup> Es precisamente la educación aquello que nos eleva por encima de la animalidad y nos constituye como seres humanos.

Vives insiste en este punto. El vigor físico que se muestra en la juventud ha de ir acompañado por aquel vigor espiritual, que sólo es posible mediante la educación, para que el ser humano alcance un desarrollo acorde con su dignidad. El sentido de la vida humana depende de la educación que se haya recibido. De ahí que a lo largo de la obra de Vives encontremos frecuentes declaraciones enfáticas acerca de la relevancia de la educación. Sirva como muestra este fragmento con que comienza el Prefacio del tratado *Sobre las disciplinas*: "envuelto en el pensamiento de que nada hay en la vida más hermoso y excelente que el cultivo del ingenio, cosa que denominamos 'disciplinas', y en la idea de que es esto lo que nos separa del modo de vida y de los comportamientos de los animales, que es lo que nos restituye a la condición de hombres y lo que nos eleva a Dios mismo, concluí poner por escrito todo lo que me viniera a la mente sobre este tema"<sup>34</sup>.

Sin embargo, esta actividad fundamental para la constitución del ser humano no se encontraba a la altura de lo que las circunstancias históricas estaban demandando. De ahí, entre otras, las frecuentes denuncias que hace Vives desde su escrito *Contra los pseudodialécticos*, en el que denuncia el pseudosaber, los sofismas y la vacuidad intelectual imperantes en la Universidad de París hasta el gran tratado *Sobre las disciplinas*, cuya primera parte *Sobre las causas de la corrupción de las artes* aborda *in extenso* la cuestión de cómo surgieron y se desarrollaron las distintas disciplinas, y de cómo finalmente se fueron degradando hasta llegar al estado en que se encontraban entonces. A la hora de abordar la reforma de la enseñanza había que comenzar por la denuncia de la situación en que se hallaba en aquel momento. He aquí un aspecto especialmente lúcido del diagnóstico vivista. Por lo que se refiere a la segunda parte del *Sobre las disciplinas*, a saber, *Sobre la forma de enseñar las disciplinas* y la tercera, *Sobre las artes*, nos encontramos con el Vives, pensador independiente, que asume con apertura de criterio la exigencia de rigor intelectual, la fidelidad a las fuentes y una mayor sensibilidad a la inducción y al método experimental.

Por lo que atañe a la dimensión pedagógica propiamente tal, cabría añadir que los principios generales de la pedagogía de Vives se derivan de su con-

<sup>33</sup> Juan Luis VIVES, *Obras políticas y pacifistas*, traducción y notas de F. Calero, M<sup>a</sup> José Echarte, M<sup>a</sup> Luisa Arribas y M<sup>a</sup> Pilar Usábel, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1999, p. 167; Ma. V, p. 38.

<sup>34</sup> *Las disciplinas* I, p. 9; Ma. VI, p. 5.

cepción ética y religiosa, que le conceden su sentido último, mientras que su metodología vendría a ser una aplicación concreta de su psicología<sup>35</sup>. En efecto, toda la obra de Vives está dominada por un profundo aliento ético y religioso. Por lo que se refiere al ámbito psicológico puede afirmarse que el tratado *Sobre el alma y la vida* se presenta como un buen complemento del *Sobre las disciplinas*.

Basten aquí estas someras consideraciones para nuestro propósito de subrayar el hecho de que la educación desempeña un papel fundamental en la idea de Europa de Vives. Sólo quisiéramos añadir dos matices que tienen relevancia para su visión europeísta. A lo largo de la historia podemos ver actuante la figura del intelectual que oficia como preceptor, como conciencia crítica, como alumbrador de valores de esa Europa. Los ilustrados, Kant, Hegel, Nietzsche, B. Russell, Sartre, Husserl u Ortega y Gasset, con sus aciertos y equivocaciones, son figuras estelares de esa historia. También Vives forma parte de esa nómina. De ahí en primer lugar la centralidad de la figura del sabio a lo largo de la obra vivista. Una relevancia especial compete en este sentido al ensayo *Sobre la vida y las costumbres del sabio* que figura en el tratado *Sobre las disciplinas* y que expone de una forma emblemática la autocomprensión del sabio humanista<sup>36</sup>, de modo que la reflexión vivista en torno a la educación alcanza su momento culminante con su exposición de la figura ideal del sabio. A lo largo de tres capítulos, Vives va desgranando su concepción del sabio que, obviamente, habrá de estar en sintonía con su imagen del hombre dentro del horizonte del humanismo cristiano. En sintonía con los principios de ese humanismo, la figura del sabio aparece sin duda encumbrada como la realización paradigmática de la condición humana, pero al mismo tiempo Vives recuerda que el sabio no se ha de olvidar de ser modesto y humilde, pues siempre estamos aprendiendo, siempre resultan insatisfactorios nuestros logros y conquistas. Aparte de su talante cristiano, Vives se muestra como un buen discípulo de Sócrates y de su confesión de ignorancia. Por consiguiente, si la prosecución de la sabiduría, del conocimiento de la verdad constituye la forma privilegiada de la realización humana, ello no ha de servir para fomentar la vanidad y la autocomplacencia sino que ha de ponerse al servicio de los demás. El saber en Vives tiene, como sabemos, una profunda carga ética y religiosa. Se trata de un saber comprometido con la causa de la liberación, de la emancipación de la condición humana. En su concepción enfática de la figura del sabio, Vives no duda en aplicarle aquellas palabras del Evangelio: “vosotros sois la sal de la tierra, vosotros la luz del mundo”<sup>37</sup>. En sintonía con ello podrá afirmar por el contrario que no hay nada más abominable que “el alma depravada de un sabio”<sup>38</sup>.

---

<sup>35</sup> Carlos G. NOREÑA, *Juan Luis Vives*, Madrid, Ediciones Paulinas, 1978, p. 219.

<sup>36</sup> Cfr. August BUCK, *Juan Luis Vives Konzeption des humanistischen Gelehrten*, en August BUCK (ed.), *Juan Luis Vives*, pp. 11-21.

<sup>37</sup> *Las disciplinas* II, p. 269; Ma. VI, p. 424.

<sup>38</sup> *Epistolario*, p. 585.

La República de las letras, si estuviera a la altura de su misión, habría de constituir un referente privilegiado, una especie de espejo en el que habría de poder contemplarse la Europa con que sueña Vives. También la Europa de Vives es primordialmente una Europa del espíritu, en la que la figura del sabio con su compromiso con la verdad y con los demás habría de ser el referente para el resto de la sociedad. Vives, personalmente, va a cumplir de una forma ejemplar con este cometido, aunque tenga que lamentar que la República de las letras como tal no lo va a hacer a menudo a causa de sus rencillas, susceptibilidades y pequeñas vanidades.

Un segundo aspecto que deseáramos evocar dentro de este apartado consistiría en señalar que el sabio vivista habría de tener a modo de misión especial la educación del príncipe, como forma imprescindible para alcanzar el buen gobierno de la sociedad. Personalmente el propio Vives va a oficiar en algún sentido como preceptor de príncipes. Con ello se situaba en una línea de pensamiento que comenzaba con Platón y llegaba hasta Erasmo y Maquiavelo, a pesar de sus visiones contrapuestas, pasando por conspicuos representantes del pensamiento antiguo y medieval, de acuerdo con la cual el sabio, el filósofo, habría de oficiar como el preceptor del príncipe, alcanzando así una especie de culminación su misión educativa. Vives compartió plenamente este punto de vista, no dudando en afirmar que la tarea de la formación del buen príncipe constituye la ocupación “más noble y más divina” de la filosofía<sup>39</sup>. Por más que Vives no haya escrito ningún tratado dedicado específicamente a este tema, su obra, su correspondencia abordan con mucha frecuencia esta problemática. Vives está en relación con un número muy importante de los representantes del poder político y religioso de su tiempo, sobre los que trata de influir con vistas a apoyar su ideal de Europa. He aquí algunos de esos mandatarios: el príncipe Fernando de Bohemia, Enrique VIII y su esposa Catalina, Adriano VI, Carlos V, Juan III de Portugal, el joven Felipe II, etc. En pocos aspectos aparece más claramente la proyección europea de la figura de Vives. Tanto en su correspondencia como en la dedicatoria de alguna de sus obras a estas, u otras, personalidades, Vives milita en pro de una Europa a la altura de su destino histórico.

Vives, así como protestaba contra el estado general de la educación en su tiempo, va a protestar también, de una forma más específica, contra la educación del príncipe a cargo de cortesanos, aduladores y serviles. Ello propicia que el príncipe pierda el sentido de la realidad, del bien público, y viva por el contrario en función de sus pasiones, caprichos e intereses. Frente a ello, en aquella época en que Europa asistía a la afirmación del Estado moderno, Vives compartía el punto de vista de Erasmo, de acuerdo con el que “la principal esperanza para obtener un buen príncipe depende de una recta educación”<sup>40</sup>. De ahí su ideal acerca de la armonía y colaboración que habría de

<sup>39</sup> Ibid., p. 168.

<sup>40</sup> ERASMO, *Educación del príncipe cristiano*, Madrid, Tecnos, 1996, p. 13.

existir entre los cultivadores del saber y los detentadores del poder para alcanzar un funcionamiento satisfactorio de la sociedad. Según le escribe a Juan III de Portugal: "Dios los ha puesto a ambos al servicio de pueblos y ciudades para que tengan buen cuidado de ellos: los eruditos con sus enseñanzas, los príncipes con sus deberes y obligaciones, ambos con el ejemplo"<sup>41</sup>. Desengaños amargos le esperaban, sin embargo, a Vives, pues sus llamamientos se iban a mostrar impotentes para encauzar satisfactoriamente las tensiones y conflictos entre los príncipes de la época. El enfoque ofrecido por Vives se mostraba como necesario pero no como suficiente.

### VIVES COMO PACIFISTA

El sueño vivista de Europa iba a tropezar amargamente con los conflictos y desgarramientos de aquella Europa que se atormentaba a sí misma, de modo que las altas expectativas que cabría alimentar se veían en buena parte neutralizadas y frustradas por esta situación. Vives va a vivir con una especial intensidad esos conflictos. Cabría parodiar a Unamuno y decir que a Vives le dolía Europa. Siendo una persona propensa al pesimismo, bien por temperamento, circunstancias familiares o estado de salud y también por estrecheces económicas, la situación conflictiva, belicosa que estaba viviendo Europa encontraba en el ánimo de Vives un marco propicio para la visión pesimista, desencantada que con tanta frecuencia aparece a lo largo de su obra y de su correspondencia.

Esta conflictividad europea se desarrollaba, según queda ya apuntado, en tres frentes: 1) las guerras protagonizadas por los soberanos europeos, especialmente por Francisco I y Carlos V, con toda una serie de consecuencias destructivas, también para el florecimiento cultural de la Europa renacentista; 2) la quiebra de la unidad religiosa mediante la Reforma protestante y que, por supuesto, va a condicionar el conjunto de la vida europea, y 3) la amenaza turca que se cierne sobre Europa. Después de haberse apoderado de la Europa oriental, los turcos no dudan en avanzar hacia el centro del Continente, apareciendo como una seria amenaza para la identidad europea. Vives va a vivir intensamente los problemas planteados por cada uno de estos frentes, que vamos a abordar brevemente. Sin duda, a menudo esos frentes se interfieren entre sí, pero a la vez poseen una consistencia propia. Por ello los vamos a abordar separadamente, aunque sin perder de vista sus puntos de interferencia.

Comenzamos por tanto examinando la reacción de Vives ante el espectáculo de las guerras que desgarraban permanentemente la convivencia en el seno de Europa. Vives no se va a cansar de protestar contra las secuelas nefastas de tal ímpetu bélico, y cabe afirmar que el gran humanista se nos presenta

---

<sup>41</sup> *Las disciplinas* I, p. 8; Ma. VI, p. 4.

como uno de los grandes pacifistas de la historia. Con razón podía escribirle a Enrique VIII que siempre le había exhortado a la paz a él y a todos los demás príncipes con los que había tenido algún trato<sup>42</sup>. En efecto, se trata de una constante de las misivas a los poderosos, tanto en el plano político como en el religioso. Es significativo en este sentido el comienzo de la carta dedicada a Carlos V de su tratado sobre la concordia y la discordia en el género humano: "puesto que en una serie tan seguida de Guerras, renacidas unas de otras con increíble fecundidad, toda Europa ha recibido enormes calamidades, y a pesar de que en casi todos los órdenes es necesaria una gran y, por así decir, total restauración, con todo de nada se necesita tanto como de cierta paz y concordia, como derramada sobre todo el género humano"<sup>43</sup>.

Tal fue, en efecto, la aspiración constante de Vives en pro de la cual va a militar con todas sus fuerzas. Con escaso éxito sin duda, pero su denuncia apasionada de la guerra y de sus efectos devastadores queda ahí como la aspiración de una Europa alternativa, como un *desideratum* compartido por tantos hombres de su tiempo. Vives afirma sin rodeos, al dirigirse a los poderosos, que sobre ningún tema habría que deliberar más o con más frecuencia que sobre la guerra, debido a las consecuencias nefastas que de ellas se derivan. Si siempre la humanidad tuvo que sufrir el azote de la guerra, Vives está convencido de que nunca había habido tantos conflictos como en la naciente Europa moderna que asiste a la afirmación de los Estados nacionales. Así se expresa en el *Diálogo sobre las disensiones de Europa y la guerra contra los turcos*, al referirse a los conflictos que desgarraban a los europeos de su tiempo: "en ninguna época, en ningún lugar hubo odios tan grandes como los de ahora entre ellos"<sup>44</sup>.

Esto resultaba particularmente doloroso para un humanista cristiano como Vives, por motivos religiosos, éticos y culturales. Constata que los valores cristianos pesan poco a la hora de comprometerse por la pacificación de Europa: "antes deliberarían y dictaminarían sobre la salvación común los corderos y los lobos que los cristianos"<sup>45</sup>. La creencia en el cuerpo místico de Cristo al que pertenecen todos los cristianos desempeñaba un papel muy importante para Vives, que no podía menos de considerar como guerras civiles, como guerras fratricidas las protagonizadas por los príncipes europeos. Para Vives ese espectáculo doloroso vendría a ser el de unos miembros de un mismo cuerpo luchando entre sí.

Aparte de consideraciones religiosas, éticas y humanitarias, Vives detesta también las guerras por el daño profundo que ocasionan al florecimiento cultural de la época, tan lleno de promesas. Tal como le pregunta a John obispo

<sup>42</sup> *Epistolario*, p. 415.

<sup>43</sup> *Obras políticas y pacifistas*, p. 123; Ma. V, p. 187.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 93; Ma. VI, p. 454.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 95; Ma. VI, p. 457.

de Lincoln: "¿de qué nos sirven la cultura y la instrucción?, ¿de qué tantos conocimientos para la vida?, ¿de qué una educación tan profunda...?"<sup>46</sup>, en medio del desvarío general. Vives va a subrayar reiteradas veces que el desarrollo de las letras requiere un clima propicio de tranquilidad y el apoyo de los poderosos. Por el contrario, en medio de la Europa convulsa que tiene ante los ojos "es preciso que enfermas y tristes guarden silencio, en medio del estruendo de las armas, de las trompetas y de las lombardas, ya que por su propia naturaleza tienen una voz débil"<sup>47</sup>. A causa de ello las promesas de la Europa renacentista se frustran considerablemente.

De una forma especial, a Vives le abruma, según hemos recordado, las luchas continuas entre Francisco I y el Emperador, pues por una parte son ellos quienes protagonizan los conflictos más intensos y reiterados y por otra España y Francia son dos países especialmente queridos para Vives. Por ello, el sueño de una Europa alternativa implicaba necesariamente otro tipo de relaciones entre los dos países. De ahí aquella exclamación tan representativa de la Europa acariciada por Vives, en la que señala: "¡ojalá me concediese Cristo que viese alguna vez a España, que me engendró, y a Francia, que me educó, florecientes, vigorosas e impulsadas a una competición hermosísima por otras cosas más importantes y más dignas de hombres cristianos, así como que no compitiesen en crueldad y en odios por cuál de las dos causa mayores daños y desgracias a la otra"<sup>48</sup>.

Por lo demás, es en el horizonte del sueño de una Europa alternativa en el que Vives hace algunas de sus escasas referencias al Nuevo Mundo. Como contrapunto al carácter belicoso de la Europa renacentista, que atormentaba a Vives, se complace por el contrario en evocar los relatos de los marineros españoles que hablaban de la buena disposición de los habitantes de unas islas del Nuevo Mundo para solicitar, o bien conceder, la paz, en el caso de que hubiera surgido algún conflicto bélico entre ellos. Al encomiar esa disposición para la paz por parte de pueblos "rudos y bárbaros" que se limitaban a seguir la voz de la naturaleza, en contraposición con la belicosidad de los europeos, a pesar de toda su cultura y formación, parece que podemos advertir en Vives un eco de la teoría del buen salvaje, que va a desempeñar un papel tan importante en el moderno pensamiento europeo<sup>49</sup>.

#### EL PROBLEMA DE EUROPA Y LA REFORMA PROTESTANTE

Si los constantes conflictos bélicos entre los príncipes europeos, a causa de sus ambiciones territoriales, constituyen una auténtica pesadilla para Vives,

---

<sup>46</sup> Ibid., p.116; Ma. V, p. 462.

<sup>47</sup> Ibid., p. 85; Ma. V, p. 181.

<sup>48</sup> Ibid., p. 203; Ma. V, p. 283.

<sup>49</sup> Ibid., pp. 115-16; 213-14; Ma. V, p. 462; Ma. V, p. 297.

todavía va a ser mayor su inquietud y zozobra ante la quiebra de la unidad religiosa provocada por la Reforma protestante. Afectando en lo más profundo al ámbito de las conciencias y desencadenada en el corazón mismo de Europa, Vives fue tomando poco a poco conciencia de la gravedad de lo que estaba ocurriendo, la división de Europa en el ámbito de sus creencias más íntimas.

Se comprende por ello que en la carta dedicatoria del tratado sobre la concordia y la discordia del género humano a Carlos V, después de expresar el deseo de que la paz entre los príncipes se haga lo más firme y duradera posible, añade a continuación: "y, sobre todo, la concordia de las opiniones que yo, así como la considero más útil y necesaria al género humano, del mismo modo la considero más difícil de lograr que la de los príncipes"<sup>50</sup>. Ello sería debido fundamentalmente a la particular radicalidad de las disputas de carácter religioso.

También las tensiones bélicas que provoca en Alemania la nueva situación religiosa le parecen a Vives más graves que los otros conflictos entre los príncipes: "más grave es la guerra de Alemania, hasta el punto de que me temo no tengas que llamar a las otras un juego y un puro pasatiempo, en comparación con la virulencia de esta otra"<sup>51</sup>. Al fin y al cabo ya no se trataba de una disputa territorial más, sino de decidir el sentido y el alcance de las creencias más íntimas, algo que provocaba la herida más grave que se le podría infligir a aquella Europa tan amada por Vives. De ahí que también su pesimismo hacia Europa se haya vuelto también más profundo. Tal como le escribe el 1.10.1528 a Erasmo, ésta sería la situación de Europa: "entre los príncipes, la guerra; entre los hombres de letras, la lucha; en el seno de la Iglesia, los cismas; dentro de la unidad cristiana, el odio y la venganza"<sup>52</sup>. Tampoco tenía Vives el consuelo de apelar a la República de las letras como modelo a la hora de postular la pacificación de Europa, pues son pocos los miembros que están a la altura de su elevada misión, degenerando a menudo, por el contrario, en disputas y querellas vanas que tenían más por objeto la satisfacción de sus pequeñas vanidades que la prosecución objetiva de la verdad y el compromiso con el bien común. De ahí la frecuencia con que a lo largo de su obra Vives lamenta que la República de las letras degenera en luchas y rencillas mezquinas. Un aspecto sobre el que también iban a incidir los debates suscitados por el desencadenamiento de la Reforma, como bien podía observar Vives, de una forma especial, en las suspicacias, presiones y descalificaciones de que estaba siendo víctima su amigo Erasmo. A la República de las letras le incumbía sin duda una elevada misión en la configuración de la identidad europea, pero con frecuencia no estaba a la altura de las circunstancias.

<sup>50</sup> Ibid., p. 126; Ma. V, p. 190.

<sup>51</sup> *Epistolario*, p.404.

<sup>52</sup> Ibid., p. 511.

Por lo que atañe en concreto a la actitud de Vives respecto a la Reforma, cabría señalar, de un modo general, que el humanista valenciano fue tomando gradualmente conciencia de la gravedad de la situación y de su incidencia en el destino de Europa. Si Vives consideraba como una agresión a la unidad del cuerpo místico de Cristo los continuos conflictos bélicos desatados por los príncipes europeos, con más razón todavía ello le parecía cierto por lo que se refería a esta quiebra de la unidad religiosa. Por otra parte, si Vives era un autor que tendía de por sí a la concordia y a la pacificación de Europa, no lo va a ser menos por lo que se refiere a la esfera religiosa. En la medida de sus fuerzas, Vives se va a implicar en la pacificación religiosa de Europa, procurando seguir siendo fiel en un asunto tan delicado a su voluntad de objetividad, de diálogo y espíritu integrador, dentro de los límites permitidos por la ortodoxia. Su vida, como bien dice C. G. Noreña, “fue una lucha constante contra las fuerzas del sectarismo político, religioso y filosófico”<sup>53</sup>. Con el paso del tiempo, el espíritu de Vives se va a ir haciendo más pesimista en este punto, pues el movimiento reformista en vez de encontrar un cauce de solución, se va a ir consolidando y enquistando crecientemente, al no estar ninguno de los contendientes a la altura de las circunstancias.

Por supuesto, Vives alude repetidas veces a la pesadilla que suponía para él la quiebra de la unidad religiosa. Así lo constatamos a lo largo de su correspondencia. Destacan a este respecto las cartas que dirige a su amigo Cranevelt y, de una forma más puntual, la carta a Alfonso Virués de septiembre/octubre de 1527 y la que en diciembre de 1528 le escribe a Juan de Vergara. En estas dos últimas Vives se explaya con más amplitud de la habitual sobre la situación en que se encontraba la Reforma. Volveremos brevemente sobre ellas. Por estas fechas –1527– Vives también escribió, a instancias de Enrique VIII, una especie de borrador que contenía una réplica a Lutero, pero lamentablemente se ha perdido.

Aparte de esa correspondencia, habría que resaltar la peculiar relevancia de dos misivas que Vives dirige a las dos autoridades más relevantes de su tiempo respecto al tema que nos ocupa: Adriano VI y Carlos V. Se trata, en primer lugar, de la misiva al Papa Adriano VI sobre las perturbaciones de Europa, del 12 de octubre de 1522. La dirigida a Carlos V es del 1 de julio de 1529 y es la carta dedicatoria al Emperador del tratado *Sobre la concordia y la discordia en el género humano*. Evidentemente, entre una y otra misiva la situación no había hecho más que empeorar.

Relativamente temprano, Vives se atreve a dirigirse a Adriano VI, inducido sin duda a la vez por los lazos de amistad que le unían con él, por valorarle mucho más positivamente que a sus antecesores y, finalmente, por lo apremiante que resultaba la situación de Europa. Por lo que atañe en concreto a la “pacificación de nuestra religión”, Vives le reconoce al Papa que sea cual

---

<sup>53</sup> Carlos G. NOREÑA, *Juan Luis Vives*, p. 316.

fuere el sentimiento con que empezaron, algunos habían ido más allá de los límites permitidos y se habían atrevido a atacar “las doctrinas confirmadas ya sea por las leyes divinas, ya sea por un antiguo consenso y costumbre de la Iglesia”<sup>54</sup>. En esta situación, Vives no duda de que lo que procede es convocar un Concilio general, tal como se había hecho a lo largo de la historia de la Iglesia en situaciones de crisis. Es preciso que se expongan las quejas y los motivos de quienes se han apartado del recto sentir, y después pasar a la aplicación de los remedios eficaces.

Por lo que se refiere a la crisis presente, Vives recomendaba, con buen criterio, examinar la situación con la suficiente “profundidad y precisión”, para recordar después que al principio es más fácil atajar el mal y proceder a su remedio, pues con el paso del tiempo la situación se va enquistando y deteriorando. Un clima de concordia, dentro de los límites permitidos, habría de presidir los debates, y en este sentido aconseja al Papa: “tú sabes muy bien de qué forma hay que actuar en ese concilio, con gran tranquilidad de espíritu y con indulgencia; invéstiguese y dictamínese sólo sobre asuntos que se refieran a lo esencial de la piedad y a las buenas costumbres”<sup>55</sup>. Sobre los demás problemas habría de dejarse libertad de examen a las Universidades y a otros círculos de discusión. Desde su perspectiva de humanista cristiano, Vives se sumaba al debate tan central para la época acerca de lo que constituye lo esencial dentro de la religión cristiana.

Lamentablemente Adriano VI, el Papa admirado por Vives, muere de una forma prematura y la convocatoria del Concilio quedaba aplazada indefinidamente. Mientras tanto la situación se iba enquistando y las posibilidades de una solución negociada se vuelven cada vez más remotas. Así aparece en las mencionadas cartas a Alfonso Virués y a Juan de Vergara. En ambas muestra Vives su escepticismo respecto a la posibilidad de encontrar unos jueces que fueran aceptados por unos bandos que mantienen puntos de vista tan encontrados, con unos ánimos tan exacerbados. Tal como le escribe a Juan de Vergara: “¿quiénes serán los árbitros en tantas desavenencias? ¿Quiénes los jueces en tan grandes enemistades y partidos, para contentar a unos y a otros?”<sup>56</sup>

En la carta dedicatoria al Emperador se refiere todavía al “cercano concilio”, sin el cual “no podemos subsistir por más tiempo al tener que poner remedio a opiniones tan variamente depravadas y desviadas”. De ahí el enorme cuidado y ponderación con que sería preciso abordar una situación tan tensa y crispada: “comprendes qué juicio se necesita, qué habilidad, qué penetrante, excepcional y exacta prudencia”<sup>57</sup>. Vives estaba convencido de que nunca los males que aquejaron a la Iglesia habían sido tan graves, y de

<sup>54</sup> *Obras políticas y pacifistas*, p. 73; Ma. V, p. 171.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 74; Ma. V, p. 172.

<sup>56</sup> *Epistolario*, p. 517.

<sup>57</sup> *Obras políticas y pacifistas*, p. 126; Ma. V, p. 191.

ahí el tacto excepcional con que era preciso proceder para evitar males mayores. Pero para Vives se trataba con ello de algo más radical que de buscar la "táctica" más adecuada para intentar recomponer la unidad de la Iglesia, pues para él no habría nada más contrario a la religión cristiana que esa discordia en que había degenerado la situación. Pero el "cercano" concilio no se iba a convocar hasta varios años después de la muerte de Vives, cuando, efectivamente, la situación se había deteriorado demasiado para poder volver a recomponerla. La unidad religiosa iba a quedar rota y ello iba a marcar de una forma muy importante el destino de Europa. Vives parece tener razón al considerar este conflicto más grave para el destino de Europa que las disputas territoriales entre los príncipes, pues iba a marcar su destino en todos los frentes.

#### EUROPA Y EL PROBLEMA TURCO

Hemos evocado dos focos de profunda conflictividad en la Europa coetánea de Vives y que han atormentado al gran humanista y europeísta. Esos dos focos, aunque de desigual gravedad, tenían en todo caso en común que se trataba de disputas intestinas, que provenían de la propia Europa. Ciertamente, a Vives le resultaba profundamente irritante que los europeos no fueran capaces de solucionar de una forma pacífica y civilizada sus conflictos, sin dejarse llevar por ambiciones desmesuradas, por el juego de las pasiones, o bien por la incapacidad para renovarse, que, junto con otros motivos, pusieron en grave riesgo la pacificación de Europa. Pero a pesar de todo lo desgarradores y dolorosos que resultaran tales conflictos, siempre subsistían una serie de elementos unificadores. Las guerras entre los príncipes europeos venían a ser una especie de guerras civiles, entre hermanos, que después de todo compartían los mismos ideales culturales y la misma fe religiosa. Por su parte, la más dolorosa y profunda crisis de la unidad religiosa provocada por la Reforma también dejaba subsistir varios aspectos comunes, pues a pesar del enconamiento de la situación, a pesar de todos los conflictos y profundas discrepancias que se producían entre los dos bandos, ambas partes pretendían ofrecer la adecuada interpretación del Cristianismo, poner a salvo su esencia. Por mucho que discreparan en la interpretación del mismo, ambas partes aspiraban a presentarse como los auténticos intérpretes del Cristianismo, lo cual les condenaba a seguir compartiendo varios aspectos comunes, más allá de las profundas diferencias que los separaban.

Sin embargo, eso no iba a ser el caso por lo que se refería a un tercer foco de tensión. Se trataba en este caso de una confrontación proveniente del exterior, del avance turco, con sus amenazas para la identidad europea, no sólo para su tradición religiosa, sino también cultural en general. Estaba claro para los humanistas, y de una forma especial para Vives, que se trataba de una amenaza distinta, de mayor radicalidad todavía, que las anteriores, pues, tal como señala M. Bataillon, los turcos se les presentaban como una especie

de anti-Europa<sup>58</sup>. Y, sin embargo, esta radical amenaza no era ajena a los conflictos existentes entre los príncipes europeos, pues sus mezquinas disputas internas les conducían a olvidar al enemigo exterior.

El problema, como es bien sabido, ya venía arrastrándose desde mediados del siglo anterior con la toma de Constantinopla, profundamente deplorada por los humanistas. Casi un siglo después de su caída, todavía va a escribir A. Laguna, al lamentarse de las ciudades que fueron cayendo bajo el poder de los turcos: "¿dónde (está) la de más antiguo origen y aún no llorada suficientemente, mi dulce Constantinopla?"<sup>59</sup> Nadie en su momento tomó una conciencia más clara del significado histórico de ese hecho que el humanista Aeneas Silvio Piccolomini, que más tarde será Papa con el nombre de Pío II. No duda en ver la caída de Constantinopla como una segunda muerte de Homero, Píndaro y Alejandro. La agresión que ello suponía era sentida en toda su integridad. En el plano religioso, por supuesto, pero también en el cultural. Pío II se va a distinguir en su tiempo por meditar a fondo sobre la identidad europea y por su intento de defenderla frente a la amenaza turca<sup>60</sup>. Aun cuando sus esfuerzos por lograr la unión de los príncipes cristianos contra el enemigo común no se vieron coronados por el éxito, su meditación sobre la identidad europea va a marcar un hito importante en la historia de la idea de Europa.

Vives, en su condición de humanista cristiano, prolonga claramente este punto de vista. Sin duda también otros señalados humanistas lo hacen, pero no con la intensidad y reiteración con que lo hace el humanista valenciano. De ahí la frecuencia con que aborda el problema en su correspondencia y de una forma especial el hecho de que haya convertido este tema en objeto de dos ensayos, a saber, *De la condición de vida de los cristianos bajo los turcos* y, de una forma especial, el *Diálogo de Juan Luis Vives sobre las disensiones de Europa y la guerra contra los turcos*<sup>61</sup>.

Nos vamos a limitar aquí a evocar algunos de los puntos en torno a los que gira el pensamiento vivista sobre este tema. Cabría comenzar señalando que, de una forma especial para Vives, los turcos se presentan como esa especie de anti-Europa, a que hemos hecho alusión. Esto aparece con particular claridad en las reflexiones que realiza en su breve ensayo *De la condición de vida de los cristianos bajo los turcos*. Tanto desde el punto de vista religioso como cultural, se trata de dos universos dispares, heterogéneos. Sobre todo para los cristianos no cabría hablar de libertad alguna bajo el gobierno de los turcos. Toda la identidad europea se sentiría amenazada. Por supuesto ello

<sup>58</sup> Marcel BATAILLON, "Erasmus, ¿europeo?", en *Revista de Occidente* 58 (1968) 12-13.

<sup>59</sup> Andrés LAGUNA, o. c., p. 153.

<sup>60</sup> Véase, por ejemplo, su *Epístola a Mehmed II*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2004.

<sup>61</sup> Cfr. Jean-Claude MARGOLIN, *Conscience européenne et réaction à la menace turque d'après le 'De dissidiis Europae et bello turcico' de Vivès (1526)*, en A. BUCK (ed.), o. c., pp. 107-141.

sería cierto por lo que atañe al ámbito religioso, pero también por lo que se refiere a la vida cultural en general<sup>62</sup>.

Otro punto sobre el que Vives insiste reiteradamente es la estrecha interconexión entre el avance turco sobre Europa y los conflictos mezquinos que absorben a los príncipes europeos. Vives resalta que desde un principio habría sido así, desde la propia caída de Constantinopla: "las discordias de Europa, primero entre los príncipes de Constantinopla, entregaron Asia a los turcos, lo que les abrió la puerta a Tracia, luego, las disensiones entre los reyes de Europa y las guerras que surgen unas de otras como las cabezas de la Hidra, les aumentaron el ánimo para extenderse más ampliamente sobre Europa"<sup>63</sup>. Vives alzó incansablemente su voz tanto contra las disensiones imperantes entre los príncipes en sí mismas consideradas como contra el hecho de que tales disensiones propiciaran considerablemente el avance turco sobre Europa. Por otra parte, también los graves problemas surgidos en Alemania han de ser tomados en consideración a la hora de abordar el avance turco. Alemania es para Vives la "parte más segura de Europa". Se impone por ello que los cristianos dejen de luchar entre sí y se dediquen más bien a fortificar a Alemania, desde todos los sentidos, y la conviertan en una especie de baluarte contra el enemigo común<sup>64</sup>.

Por último, un autor tan imbuido de la cultura clásica como es Vives, no deja de ver el conflicto de la naciente Europa moderna con los turcos a la luz de los conflictos del pueblo griego con los asiáticos, en concreto con los persas. La organización política y militar basada en la experiencia de la libertad sale victoriosa frente al despotismo asiático. La concepción marcadamente eurocéntrica de Vives le hace compartir, sin demasiados cuestionamientos críticos, la convicción de la superioridad de los europeos sobre los turcos.

Tal como hace exclamar a Escipión el Africano en el diálogo sobre las disensiones de Europa y la guerra contra los turcos: "nunca ha penetrado Europa en Asia que no la haya conquistado y sometido; nunca ha penetrado Asia en Europa que no haya sido rechazada con un enorme desastre"<sup>65</sup>. Si en la época de Vives estaba ocurriendo de otra manera, ello sería debido a las tendencias autodestructivas de los príncipes europeos que con su cortedad de miras no hacían sino facilitar el avance turco. Tal situación no hacía sino redoblar los esfuerzos de Vives por la pacificación de Europa, a pesar del escaso éxito que encontraron sus proclamas en los gobernantes de su tiempo.

<sup>62</sup> Ma. V, p. 460.

<sup>63</sup> *Obras políticas y pacifistas*, p. 111; Ma. VI, p. 478.

<sup>64</sup> En este contexto, Vives vuelve a hacer una de sus escasas referencias al significado del Nuevo Mundo para Europa: en caso de que los cristianos no se unan contra el enemigo común y sucumban ante el avance turco, no les quedaría otra salida que la de huir a América: "con seguridad tendrían que dejar la posesión del occidente y huir en grandes flotas al nuevo mundo" (*Obras políticas y pacifistas*, p. 112; Ma. VI, p. 481). Es bien sabido cómo los europeos han tenido que recurrir con frecuencia a este expediente a lo largo de su historia.

<sup>65</sup> Id., p. 103; Ma. VI, p. 475.

Pero en todo caso parece procedente aplicar de una forma general a Vives las consideraciones que hace el personaje Tiresias al final del diálogo sobre las disensiones de Europa y la guerra contra los turcos. Después de haber esbozado su plan para la defensa de Europa frente a sus enemigos, Minos le pregunta: "¿piensas, Tiresias, que harán estas cosas y prestarán oídos a consejos tan buenos?", Tiresias responde escéptico: "las harán o no las harán". Pero un poco más adelante matiza su respuesta: "pero lo que te aseguro es que si no lo hacen, llegará el momento, ¡ojalá no sea pronto!, en el que quisieran haberlas hecho; ¡ojalá que no sea tarde!"<sup>66</sup>

En efecto, aunque las propuestas de Vives no hayan estado siempre exentas de candor e ingenuidad, no cabe duda que sus consideraciones acerca de una Europa alternativa están llenas no sólo de nobleza, sino también de sabiduría. El apasionado defensor de Europa que fue Vives no abdicó nunca de su tarea de pensador crítico que trató de neutralizar, en la medida de sus fuerzas, las tendencias autodestructivas de la identidad europea, oficiando sin duda como uno de los mayores preceptores que ha tenido Europa a lo largo de su historia. Vives se implicó, en la medida de sus fuerzas, en pro de una Europa en paz, tanto en el plano político como en el religioso, de una Europa que permitiera el desarrollo pacífico y fecundo de las promesas especiales que su tiempo albergaba, de las que era un buen exponente la propia obra vivista. El que sus propuestas pequen a veces de candor o bien que su horizonte sea excesivamente eurocéntrico no ha de ser obstáculo para valorar altamente la aportación vivista a la meditación sobre Europa, para considerar a Vives como uno de sus grandes preceptores.

<sup>66</sup> Id., p. 113; Ma. VI, p. 481.